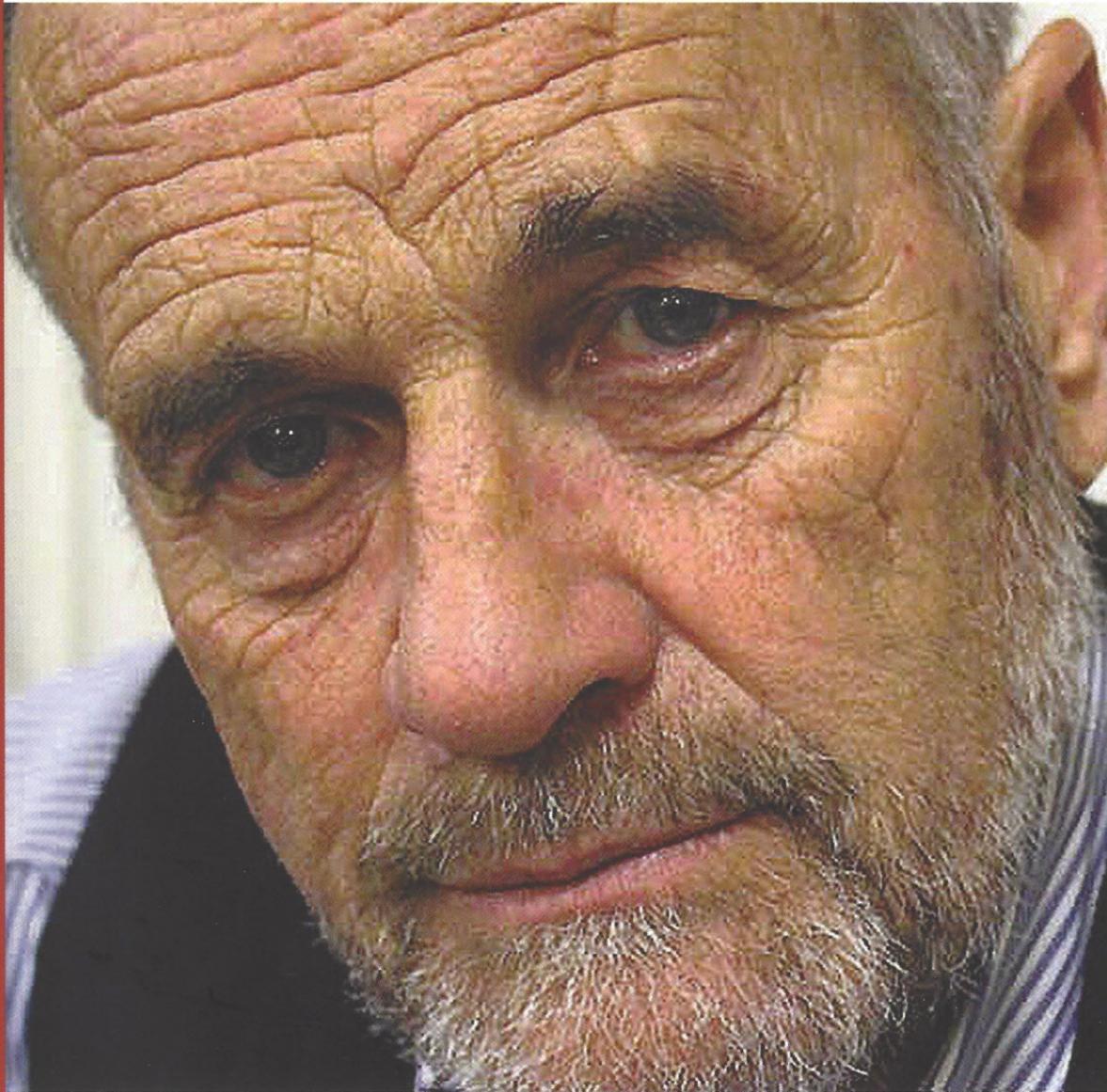


ADOLFO GARCÍA MARTÍNEZ
y la antropología hecha en Asturias
Reconociendo un legado



Adolfo García Martínez
y la antropología hecha en Asturias.
Reconociendo un legado

ASOCIACIÓN ASTURIANA DE ANTROPOLOGÍA Y PATRIMONIO ETNOLÓGICO /
ASOCIACIÓN ASTURIANA D'ANTROPOLOXÍA Y PATRIMONIU ETNOLÓXICU (ASAPE)

KRK EDICIONES • 2017

© de los textos y fotografías: sus autores
© de la edición: Asociación Asturiana de Antropología y Patrimonio Etnológico /
Asociación Asturiana d'Antropoloxía y Patrimoniu Etnolóxicu (ASAPE)
Edición a cargo de Yolanda Cerra Bada y Cristina Cantero Fernández
Krk Ediciones. www.krkediciones.com

Depósito legal AS-3117-2017

ISBN 978 84 8367 589 2

Índice

Presentación	
YOLANDA CERRA BADA.	13

I.

EN PRIMERA PERSONA

Notas autobiográficas de Adolfo García Martínez	
A partir de la entrevista efectuada por NOELIA BUENO GÓMEZ. .	27

II.

DESDE LA ANTROPOLOGÍA COMO DISCIPLINA ACADÉMICA

La antropología como deber apasionado: Adolfo García Martínez.	
JOSÉ ANTONIO MÉNDEZ SANZ	47
Superando el desencuentro entre antropología e historia:	
Adolfo García Martínez.	
CRISTINA CANTERO FERNÁNDEZ	55
Homenaje a Adolfo García Martínez.	
ROBERTO GONZÁLEZ-QUEVEDO GONZÁLEZ	67

III.

DESDE LA ANTROPOLOGÍA APLICADA

Adolfo García Martínez y la gestión del patrimonio en Asturias	
OTILIA REQUEJO PAGÉS	75

Adolfo y los museos.	
JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ	81
Homenaje a Adolfo García Martínez.	
TERESA SANJURJO GONZÁLEZ	89
Adolfo García Martínez, un antropólogo de andar por casa.	
JAIME IZQUIERDO VALLINA	95
Investigación y compromiso con Somiedo.	
BELARMINO FERNÁNDEZ FERVIENZA y MARÍA TERESA LANA DÍAZ	111

IV.

DESDE LA DOCENCIA

Mito y realidad arqueológica en la teoría del matriarcado en la Prehistoria.	
MARIO MENÉNDEZ FERNÁNDEZ	119
Un profesor y un científico atípico.	
SANDRA DEMA MORENO	131
Adolfo, mi tutor en la UNED.	
RAQUEL PIÑERA GONZÁLEZ	139

V.

DESDE LA AMISTAD

Adolfo García Martínez, consejero editorial.	
FLORENCIO FRIERA SUÁREZ, ÁLVARO RUIZ DE LA PEÑA SOLAR, ADOLFO FERNÁNDEZ PÉREZ y VÍCTOR ÁLVAREZ ANTUÑA	151
Adolfo García Martínez: el humor de un <i>vaqueiru</i> , entre los aires digitales del <i>milenum</i> .	
XULIO CONCEPCIÓN SUÁREZ	157
También hay paredes en el campo (homenaje a Adolfo).	
«JUANITU» (JUAN CONTRERAS HERNÁNDEZ)	169

Adolfo García Martínez.
El humor de un *vaqueiru*, entre los aires digitales del *milenium*

XULIO CONCEPCIÓN SUÁREZ*

* Miembro del Real Instituto de Estudios Asturianos.

Recorriendo con la vista las muchas y precisas páginas escritas por Adolfo, nunca se aburre uno: sobre esos pequeños libros de bolsillo, a modo de condensados opúsculos, síntesis de tantas reflexiones personales y lecturas más librescas; o sobre los otros tomos de sus obras que pasan de muchos cientos de páginas y páginas, vamos saboreando los frutos serondos (bien *maúros*, sin duda) de tantos otros días de *cayáu*, de bocata y de mochila del *antropólogo: solu* o *acompañáu* por Inés, como primera oyente, lectora y hasta amanuense, si *acasu*, cuando el *boli del paisano ya nun daba pa más velocidá sobre la libretina...*

En todo caso, una labor en *andecha*, imprescindible para cualquier *trabayu* de campo, como fue siempre entre los habitantes de los pueblos. Se *trabaya* el doble y se cansa, o *aprobez*, la *mitá*. En varias ocasiones tuve la ocasión de *trabayar en comuña* con Adolfo, por las *mayadas*, entre las cabañas, o pegados a la pantalla del *ordenata*, tras muchos días de mochila, libreta y cayada en mano. Todo un privilegio, en unos tiempos, más propicios a directrices y protagonismos excluyentes. Los resultados por ahí andan en unas cuantas páginas que bien recuerdo y manejo con frecuencia para sucesivos *trabayos* en papel o en *dixital* (los más virtuales, que se manejan ahora).

Etnógrafo, con mochila incluida en la palabra

Porque Adolfo es el etnógrafo de *prau*, de *caleya*, de *mayáu* y de cabaña, en el sentido de la voz: griego, *éthnos* («pueblo»), gr. *grápho*

(«descripción»); el que sustituye las zapatillas por las chirucas; y el *platu* por el bocata en la mochila. Como es el antropólogo en el sentido etimológico: el que estudia todo lo relacionado con el *home* y la *muyer*, en su contexto adecuado en cada tiempo.

Un buen ejemplo es su libro reciente, *Alabanza de aldea* (2016): un análisis minucioso de su preocupación por el presente y el futuro de *homes*, *muyeres*, más o menos jóvenes o mayores, en un contexto social y en unos tiempos en que las aldeas se vacían al ritmo que las costumbres urbanitas (y unas normativas atiborradas de prohibiciones y burocracias trasnochadas), están exiliando de los pueblos rurales (de montaña, sobre todo) hasta los propios nativos de siempre; esa otra e-migración asturiana tan forzada, tan silenciosa (y silenciada), que tanto lamenta Adolfo. Sirva uno cualquiera de sus textos:

No debemos convertir el pueblo... en un mero escenario lúdico para el urbanita en determinadas fechas del año. O logramos que los pueblos sean fuentes de vida para la sociedad, o solo serán fenómenos pasajeros, productos de consumo o simples espejismos. Los pueblos han sido la gran reserva para el mundo urbano-industrial; proporcionaron productos de primera necesidad, después mano de obra y ahora lugares y productos de calidad (García, 2016: 147).

Como el tsobo pal carneiro

Porque nunca hay *tiempu p'aburrise*, cuando uno camina con Adolfo por brañas, sendas de pastores, *mayadas*; o al mor de las *cabanas* compartiendo palabras y datos con vaqueiros o pastores (con bota al aire de vez en cuando, si la sombra del bocata al mediodía y la ocasión tercián...); o cómodamente sentados ante algún café en cualquier terraza urbana. Lo mismo da. Nunca olvidaré aquellas explicaciones

tan ilustradas que Adolfo tiene siempre en el *cantu* la memoria cuando ya se cansa de largas parrafadas. Así recuerdo una muy graciosa, en alguna sobremesa que se alarga.

Después de intentar aclararnos que el vaqueiro de alzada, a diferencia de otros vaqueros y pastores en trashumancia, es el que subía con toda la familia desde los pueblos más *fonderos* hasta los altos de los puertos (el que *peschaba* la puerta en la braña *d'abaxu*); y de explicarnos que esa alzada tiene muchas variantes, pero que siempre coinciden en aquellas rivalidades de los vaqueiros con los nativos de los pueblos (los *xaldos*), con los que siempre tenían problemas al paso con los ganados, lo mismo que con el clero, los nobles...

Y después de exponer con detalle la viga vaqueira en la iglesia de Luiña («NO PASAN DE AQUÍ A OIR MISA LOS BAQUEROS», *sic*), después de todos esos preámbulos, Adolfo saca a *cuentu* el dicho de una vaqueira octogenaria con la que él *faló nel so llar*: ella, en tan pocas palabras, aclara toda rivalidad o rifirrafes al paso de los vaqueiros por los pueblos de la alzada; y lo hace de forma esa tan plástica, casi metafórica, que nos parte de risa (el tono lo reconstruye Adolfo muy serio...):

El xaldo pal vaqueiro, como el tsobo pal carneiro

Pues, ciertamente, el ejemplo es más que visual: el lobo, cuando entra en el rebaño de ovejas, de lo primero que se preocupa es de llagar al *carneiro*, que es el más fuerte, el que más se va a resistir, que tiene fuerza, que es un peligro...; eliminar al *carneiro*, supone carta blanca para *tsagar oveyas*... Y la *frasiquina lo diz todo*: el *xaldo*, en la perspectiva vaqueira, si pudiera, haría lo mismo: lo primero eliminar al vaqueiro de las brañas de abajo, de las de arriba, de los caminos, de las iglesias...

O aquel de siñor cura... xente pouca, vaqueirus...

Todo un libro de muchas páginas llevaría un comentario de textos sobre las palabras de la sagaz octogenaria: comentario etnográfico, etnolingüístico, psicológico, metafórico, literario... Pero las veladas con Adolfo se pueden alargar mucho, cuando se le tira de la cuerda y en la forma más improvisada; nunca le falta la chispa para la síntesis más divulgativa, y así va sacando su veta didáctica a la hora de ejemplificar las teorías o las anécdotas, visualmente, y con los demás sentidos también.

Por ello, si la sobremesa o la andadura se alargan; o la lluvia, o la *nublina* nos obliga a permanecer alguna hora *agospiaos* en la *cabana*, hasta es capaz de desempolvar en el desván de la memoria argumentos parecidos, siempre en su lenguaje *vaqueiru*. Y, así, vuelve a las distinciones irónicas, a las hipérboles, y al ingenio verbal lugareño, metafórico tantas veces, para pintar con palabras ese menosprecio del *vaqueiru* por parte del *xaldu*.

Rescata, por ejemplo, la escena de aquel sacristán y el cura en la sacristía, antes de la misa: el cura le pregunta al sacristán si hay ya gente bastante para empezar la misa; el sacristán se asoma al exterior, vuelve y le responde con toda ingenuidad más trasparente (la entonación de Adolfo se vuelve ahora muy solemne para la escena):

Siñor cura: xente, pouca, vaqueirus muitus.

Es decir, el *mozaquín xaldu*, con toda la espontaneidad inocente de niño, ya tenía en su lenguaje la valoración semántica (social, religiosa...) que sus mayores daban en el pueblo a los vaqueiros: por lo visto, los vaqueiros no eran gente, no formaban parte del pueblo; solo eran *vaqueirus*, extraños de paso. Y como no se tenían en cuenta para la misa, por muchos que hubiera, no se podía empezar la cele-

bración; hasta que no hubiera «gente», seguro que el cura tampoco empezaba... La inocencia más transparente y etnográfica de un niño sacristán.

Deixa, Daviz, que la vaca tien humor...

Por las sendas de las palabras, o entre *bolis*, *ordenatas* y notas de libretas, solo hay que tirar un poco de la cuerda lingüística asturiana a Adolfo, para que enseguida aflore su *tsingua vaqueira* al par de la castellana (la de *Castietsa*, vamos), que bien recuerda de su infancia tinetense, y procura *asoleyar* cuando sabe que el *públicu* también gusta de escucharla, si cuadra.

Y así saca chispa a cualquier escena en la retina de la infancia. Recuerdo que un día surgió la palabra «humor» (pero con sentido asturiano, allí), cuando pasábamos al par de una vaca *recién paría*, con su *tarral* al lado. El *bregón* (el *humor*) suele ser enfermedad de primavera, muy dañino en los puertos, porque entre el frío y el fuerte verdor de los pastos, se endurecen las ubres, les salen heridas, y los *xatos nun puen mamar*. Un problema para madres y crías; y para el *vaqueiru* cuando las ha de ordeñar, hasta sacar del todo la leche que no puede obtener la cría por los dolores de la madre. La vaca puede dar patadas a unos o a los otros, hasta mandar la jarra volando por algún sitio.

La voz asturiana *humor* (que, en realidad, tendría que ser sin h, por simple etimología), tal vez venga del mismo latín *umor*, *umoris* («líquido, agua retenida en el cuerpo»); pero a la par, de la misma palabra procede el buen o el mal «humor» de humanos y no humanos (el genio causado por los líquidos del cuerpo). En el contexto ganadero, los sentidos diversos (la polisemia) pueden causar la gracia que recuerda Adolfo, de aquel diálogo entre una madre y un *fiu*, que interpretan la palabra de forma muy distinta (polisémica).

El caso es que la madre contempla cómo el *fíu* intentaba ordeñar la vaca recién parida, con la ubre tan dolorida por el *bregón*; el zagal, al poner la mano en los *tetos* de la vaca, esta le da una patada a la *zapica*, que lanza al aire por la *corte*, con gran susto para el principiante.

El diálogo lo reproduce Adolfo con toda precisión vaqueira, puesto en boca del *fíu* que recuerda el hecho, ya de mayor:

—La vaca tenía umor [mamitis] —explica el hijo con los años—
 ya'l ir a catala,
 a la segunda rexinada,
 arreóume una patada,
 ya mandóume la zapica pu la corte pa cutsó.
 Y'antocias di dous puñetazus a la vaca.
 Ya mi madre, que taba na cucina, díxome:
 —Déixala, Daviz, que la vaca tien humor.
 Ya dixi you:
 —¡Ya pouco!

Y los de tercera, que emburrien...

Ciertamente, el *repertoriu del antropólogu vaqueiru recicláu* como relator en las tertulias da para muchas reflexiones inmemoriales, semidormidas en tantos recovecos de su memoria tinetense de Fresnéu, Zardaín y *alreores...*; así van fluyendo de camino muchas palabras cargadas de contenido etnográfico (etnolingüístico), y de costumbres vaqueiras.

Nunca olvidaré la primera vez que salió de paso aquello de la expresión arriera, «billetes a media mula y a mula entera», que yo, por cierto, nunca había escuchado hasta entonces. Mi atención quedó *en sin parpadiar*, pues siempre me había preguntado, en mis cavilaciones por

el *pueblu*, cómo subirían antes los viajeros por el Payares en días de nieve y fuertes ventiscas, tantos siglos antes del asfalto y las vías del tren.

Me imaginaba yo días y viajes tan gélidos como infernales, al ritmo de tantos caballos, machos, *parexas* tirando de *carruaxes*, *charrés* y similares, por las cuestas más *pindias* y revueltas interminables de cualquier puerto; viajes tan incómodos, desabridos, con la nieve en la cara y entre las ruedas bloqueadas hasta los ejes; o con argayos en la misma calzada, piedras, barrizales en su caso; y, todo ello, con los viajeros dentro tiritando de frío y sabañones en los dedos...; la andadura nunca pude yo explicármela, pensando desde estos tiempos mejores que ya nos fueron tocando en suerte. Pero no me imaginaba tantos extremos de camineros y caminatas.

Adolfo *tien* la anécdota para casi toda circunstancia, por milagrosa que parezca. Y así explicaba muy solemne la expresión, un día *falando* de las peripecias arrieras por los puertos en invierno: «a media mula, a media burra, a mula entera» era la modalidad de viaje que ofrecían los arrieros vaqueiros en sus formas de transporte a caballo (en silla, con montura) por los caminos; si el billete era «a media mula», hacía el viajero la mitad del camino en la caballería (pagaban medio billete); y la otra mitad, iba a pie, alternando con otros en la misma modalidad elegida.

A veces el billete ya era directamente acordado por dos viajeros en comuña: cada uno pagaba su mitad, y distribuían entre ellos el tiempo a caballo y a pie. Si el billete era a «mula entera», iban todo el tiempo a caballo: los más privilegiados, claro.

Ahora bien, cuando el viaje era sentados dentro, en diligencia (6-8-10...), la relativa tranquilidad del asiento se podía complicar en días de nieve, si los animales se trababan y no podían con el peso cuesta arriba. Entonces, el conductor, con ceño más o menos serio, se dirigía a los viajeros sentados y expectantes en el interior del carruaje:

Señores viajeros,
 los de 1.^a, que sigan sentaos;
 los de 2.^a, que sigan a pie;
 los de 3.^a, que emburrien.

Y, efectivamente, unos, los menos, seguían en sus asientos de madera, al abrigo de la tormenta; otros cuantos, se tenían que bajar, enfrentarse a la ventisca y seguir las pendientes sobre botas o madreñas. Y los del billete de 3.^a no tenían más remedio que empujar el carruaje hasta que los caballos pudieran remarlo solos superadas las pedreras más *pindias*. Nos imaginamos el ceño más o menos fruncido de estos pobres desgraciados en razón de la clase de billete. De poner dramatismo a la escena, ya se encargan también el tono y la voz de Adolfo.

Y al grupu... cun la cuachada

A la hora del bocata por alguna braña, nunca solían faltar los recuerdos de las comidas que podrían llevar los vaqueiros, los arrieros, tantos siglos antes de los *tupers*, los envasados al vacío, la nevera... *Falamos* de comidas que contrastamos con nuestros privilegiados bocatas de hoy: peores en calidad, sin duda, pero variados, frescos, esponjosos, del día... Con un ejemplo, resume Adolfo toda la variedad del menú *vaqueiru* los 365 días del año, salvo alguna fiesta, celebración *brañera* y poco más:

Lus vaqueirus de la braña
 tienen la vida ganada,
 pula mañana, yal grupu;
 ya la nueite, la cuachada.

O en aquella otra versión parecida:

—Dime, vaqueirina dime,
 ¿tú qué cuemes na tua braña?
 —Comu pulientas cun tseite,
 ya grupu cun la cuachada.

Ya en la sobremesa, que se puede alargar mucho, si la *nublina* o el *cirriu* de la braña nos retiene en el *abetsugatru*, siguen saliendo temas *abondo* de *vaqueirus* y *vaqueiras*, siempre al par de los caminos, tan solo hasta unos lustros atrás. Sirvan algunas del repertorio de Adolfo:

—Muciquines de Tsaciana,
 ¿quién vos mantiene?
 —Lus arrierus del puertu
 que van y vienen.

O aquel otro referido a la *seruenda*, con el retorno de las brañas altas a las más *inverniegas* y *fonderas* de la marina:

Lus vaqueirus vanse, vanse,
 las vaqueiras tsoran, tsoran;
 ¡ay de mí, probe cuitada,
 con quién voy dormir agora!

Ya como *arrancaera* al atardecer, Adolfo se asoma a la puerta, o al *ventenu* de la *cabana*, y contempla que va siendo hora de entamar el *camín* del coche, a pesar de la *nublina* ciega rastreando *arraposada* las *mayadas*; entonces, no le faltará tampoco una última copla del *repertoriu*, a modo de homenaje, o del sentido lamento de tantos pastores

y vaqueros, siempre con la vista y el oído pendientes de los avisos del ganado ante la inminencia de las sombras de la noche.

Y, así, con voz solemne, retomada la cayada y la mochila, el antropólogo *vaqueiru* suplica también a las tinieblas del crepúsculo, mientras enfilamos por el *senderu* de la braña *abaxu*:

Escampa, borrina, escampa,
que ta'l tsobu su la manta,
cumiendu la oveya prieta,
ya mirandu pa la blanca.

En fin, aburrirse con Adolfo por los caminos, o en la terraza con algún café entre los labios, ya de vuelta al asfalto, resulta del todo imposible. Muchos temas y anécdotas pueden surgir, también de paso por las palabras a uno y a otro lado de sus saberes o de sus conceptos etnográficos: *los trabayos comunales*, los oficios artesanos, las *muyeres* casaderas o en las casas, los *meirazos*, los *buelos* y las *buelas*, los ciclos productivos del año, los ritos de paso, los dichos y refranes. El antropólogo, el etnógrafo, el etnolingüista..., en definitiva: la síntesis de un *vaqueiru* en la nueva aldea digital, y en unos tiempos virtuales, tan líquidos, que se dicen ahora.